

pies....; me tiene V. muy enojada...., casi celosa.... Silencio (añadió, poniendo sus dedos en mi boca): no quiero excusas.... ¿Solicita V. mi perdón? Pues lo obtendrá; pero antes necesito una prueba de arrepentimiento.

—¿Cuál?—le pregunté.

—Ésta,—me contestó, presentándome su mano para que la besara.

En esto apareció su doncella, y la despidió.

¿Qué te parece?—Yo no sé qué pensar de tan repentino cambio.—Allá veremos; pero, entretanto, suspende el *pésame* que con tanta urgencia te pedía en mis anteriores cartas, porque me parece que soy dichoso; este puede que sea el primer día de mi luna de miel.

Adiós: está amaneciendo.»

Mi amigo no sabía qué pensar de tan repentino cambio; pero todavía me pareció á mí más inexplicable la conducta de Octavia.



SEGUNDA PARTE

SOSPECHAS DESVANECIDAS.

CARTA V.

VISITA INESPERADA.

Abril 24 de 1873.

Mi largo silencio te ha hecho creer, sin duda, que soy dichoso, que aún saboreo las dulzuras de mi luna de miel, y habrás dicho: «¡Qué hombre! Al fin, como todos. La felicidad es egoista, y no quiere que participe de ella». Bueno; eso me prueba que te obstinas en creer que yo soy un ser ramplón, vulgarote, insubstancial, un hortera más ó menos millonario, un *mercachifre* en grande, que vive en un palacio, que tiene magníficos trenes....; en una palabra: un hombre de negocios.

En esta ocasión me es indiferente tu juicio, y no temas que por centésima vez vaya á hacerte tragar el inventario de las grandes cualidades que, á pesar

de todo, me elevan al rango de los hombres superiores. Si no has olvidado el relato de mi última carta, tendrás presente que Octavia me dijo, en nuestro solitario paseo por la alameda, estas palabras : « ¡Bah! Creo que es V. bastante generoso para no mirar con cierta indiferencia los halagos de la loca fortuna ; sí : presumo que es V. uno de los pocos millonarios que valen algo más que sus millones.... » Esto es terminante , y debo añadirte que Octavia pasa por mujer de talento , y , sobre todo , por un carácter poco á propósito para lisonjear la vanidad de nadie : es una mujer célebre por sus ingenuidades. En el momento en que te escribo esta carta , te aseguro que no aspiro á envanecerme con la satisfacción íntima de mis superiores cualidades ; únicamente recuerdo con cierto orgullo la destreza con que sé manejar una espada y la seguridad con que á veinticinco pasos parto en el filo de un cuchillo la bala de una pistola. Por esta disposición de mi ánimo en los presentes momentos , colegirás si soy dichoso.

¿Qué me sucede?... Nada ; porque , en rigor , me sería imposible hacerte ver las vagas sombras que de vez en cuando obscurecen mis ojos ; sombras fugitivas , que se disipan , sí , que se desvanecen fácilmente , pero que con la misma facilidad vuelven á reproducirse. Unas veces me parece que son quimeras de mi imaginación , y otras se me presentan con tan vivos colores , que las tengo por la realidad misma. Ya sé yo que el temor aumenta

fantásticamente las proporciones del peligro ; pero yo no soy un insensato para dejarme alucinar por peligros imaginarios.... Algo veo que me induce á temer ; lo que yo siento no está en mí ; está en el aire que me rodea , en la atmósfera que respiro.... No es esto , ni aquello , ni eso , ni lo otro ; es todo.... Pequeñeces insignificantes , pormenores indiscutibles , detalles que se escapan. ¿Quieres que me explique geoméricamente?... Pues bien : imagínate que es una cosa como el espacio , cuyo punto céntrico está en todas partes y la circunferencia en ninguna ; lo que te he dicho antes ; nada , nada que se pueda precisar. Pero ello es que yo he recobrado mi antigua afición á la esgrima , y me paso una hora diaria en la sala de armas ejercitando mi habilidad y mis fuerzas , y puedo asegurarte desde ahora que soy un espadachín consumado. Además , invierto otra hora en el tiro de pistola , y tú no sabes la particular complacencia que experimento al ver los prodigios de mi puntería. Diez balas seguidas meto en el blanco con una precisión que pasma.

Convengo en que la espada es un arma más noble : hay ataque y defensa , hay verdadero combate , eso sí ; pero combate en el cual se buscan los descuidos , combate de sorpresa ; los golpes se paran , los ataques se detienen , el valor está en la destreza. Para un brazo vigoroso y una mano ágil , reñir detrás de una espada , equivale á batirse al amparo de una muralla de acero. Se ve el rencor de los combatientes y la agitación de la lucha , y

luego...., nada...., un rasguño...., dos gotas de sangre, y asunto concluido.

Yo prefiero la pistola ; es un arma más fría , más serena , más tranquila ; es preciso que el corazón no altere la uniforme regularidad de sus latidos para que la mano no tiemble ; se pueda dar y recibir la muerte sin fruncir el entrecejo , sin ímpetu , sin violencia , sin cólera ; en una palabra , con la sonrisa en los labios : con la espada se esconde el cuerpo ; con la pistola se presenta : el primer caso es huir de la muerte ; el segundo caso es salir á buscarla ; el éxito que se obtiene no suele corresponder al esfuerzo que se hace.

Al llegar aquí , das un salto , te llevas las manos á la cabeza , y , sin más averiguaciones , sacas por consecuencia que he perdido el juicio. No me opongo ; mas haciendo alarde de mi erudición histórica , diré como Temístocles : Pega , pero escucha ; ó , lo que es lo mismo , llámame loco , pero sigue leyendo.

¿ Qué género de locura puede encontrar la razón más escrupulosa en que un hombre prefiera , para la eventualidad de cualquier terrible contingencia , la pistola á la espada ? Napoleón prefirió la artillería ; ésta fué su arma favorita , y los tenderos prefieren el fusil para el caso en que las eventualidades inminentes que amenazan , los pongan en la urgente necesidad , no de salir de sus tiendas , sino de defenderlas. Estos *Aquiles* al por menor parecen resueltos á defender heroicamente sus *talones* , úni-

co rincón de sus trastiendas , en que , por lo visto , son vulnerables.

Pues bien : poeta insensible á las desgracias de tu patria , yo prefiero la pistola.

No creas que me preparo á defender mi vida y mi hacienda con las armas en la mano. Mi hacienda la tengo previamente colocada en el extranjero ; allí mis pobres millones respiran con alguna libertad , y en cuanto á mi vida , la salvaré oportunamente al otro lado de la frontera. Pero , entretanto , no imagines que el terror nos invade ni la tristeza nos domina. Aquí , como los cortesanos de Baltasar , asistimos con toda la pompa de nuestro lujo al último festín de Babilonia. Experimentamos todos una sed de placeres insaciable , una prisa de gozar indecible ; nuestro regocijo es tan grande como nuestras desdichas. Si los desastres que presenciamos llegan á conmover por un momento nuestro espíritu , el refinado placer de la mesa nos tranquiliza , las delicias escénicas de los teatros nos consuelan ; verdaderamente , no seríamos dignos de nosotros mismos si la pérdida de Cuba , por ejemplo , nos hiciera perder una tarde de paseo ó una noche de sociedad.

Nuestras mujeres se disputan unas á otras las satisfacciones del tocador , y nosotros nos disputamos sus preferencias indolentemente reclinados en los ricos divanes de nuestros salones. La *toilette* y el *comfort*.... : no pensamos en otra cosa.

Por más terribles que sean los desastres que se

anuncian, los vemos acercarse, no con frente serena, sino con semblante risueño. Tú, espíritu pusilánime, que vives escondido en el estrecho rincón de tu pobreza, no comprenderás el heroico valor de nuestras sensualidades ni la grandeza de nuestro egoísmo.

Elisa está cada día más blanca, más rubia, más bella....; el azul de sus ojos es más limpio, más puro; su continente más majestuoso, y ha perfeccionado el atractivo de su sonrisa, dándole un encanto irresistible. Apenas volvimos á Madrid, abrió de par en par sus salones, y recibe dos veces á la semana á sus numerosos amigos; raro es el día que *La Correspondencia* no le dedica algún párrafo á propósito de sus encajes ó de sus diamantes, de la novedad de sus vestidos ó de la magnificencia de sus trenes; su aparición en la *Castellana* es un suceso; su presencia en el teatro produce un efecto seguro; no se le puede pedir ni más atractivos ni más celebridad. En los círculos de buen gusto se comentan los caprichos de sus adornos y las originalidades de sus prendidos. Tiene su corte, que la sigue á todas partes.

Confieso ingenuamente que otro marido estaría con la boca abierta y dormiría muy tranquilo sobre los laureles de su espléndida mitad; pero yo le robo dos horas diarias á mi dicha para ejercitar mi brazo en el manejo de la espada y dar á mi pulso esa firmeza inalterable que hace la puntería infalible. Sí; vuelvo á decírtelo: prefiero la pistola.

Anteayer tuvimos que comer solos, porque los grupos que diariamente rodean el palacio del Congreso tomaron un aspecto más agresivo, y hubo carreras, y se cerraron las tiendas, y cada cuál se encerró en su casa, y se suspendieron las funciones de los teatros; la noche, en fin, se presentó pavorosa.

Este contratiempo puso á Elisa de malísimo humor. Imagínate que la sorprendió la alarma en el momento en que ponía el pie en el estribo de su landó; iba á la *Fuente Castellana*, llevando prendido á su preciosa cabeza un sombrero sumamente espiritual, que aquella mañana había recibido de París.

Te he dicho que comimos solos, y esto no es absolutamente exacto, porque Octavia comió con nosotros. Yo le ofrecí el brazo para conducirla al comedor, pero lo rehusó, cogiéndose al brazo de Elisa.

La vivacidad de Octavia formaba contraste con la desdenosa seriedad de la hermosa criatura que me ha cabido en suerte. La conversación giró naturalmente sobre los acontecimientos del día, pues era el asunto que por el momento ofrecía más novedad. Yo expuse mi opinión, diciendo:

—Decididamente estamos en el último acto de la tragedia.

—Tragedia (añadió Octavia) de un género nuevo; del género patibulario.

—¡Oh! (exclamó Elisa): la soberanía popular

es una soberana impertinencia. Esos señores podrían dirimir sus contiendas en despoblado y dejarnos en paz á los que nada tenemos que ver con sus ambiciones.

— Ciertamente (dijo Octavia, sonriendo con afable malicia); los espectáculos que nos dan no son del mejor gusto, y nos harán la vida insoporable si se empeñan en tenernos reclusas por algún tiempo en el último rincón de nuestras casas; mas, sea la que quiera la repugnancia que nos cause el gorro frigio, la moda se encargará de convertirlo en adorno: convengo en que nada tiene de gracioso y en que es realmente grotesco; pero ¿crees tú que no se le puede dar á su horrible hechura cierto aire de distinción para que caiga con gracia sobre la cabeza de una mujer hermosa?... Vamos, Elisa; consuélate. Si estos trastornos son molestos, más aún, antipáticos, en cambio adquiriremos el recurso de un nuevo prendido. Como se nos permita tener cabeza, no lo dudes, la moda nos encasquetará el gorro frigio.

Á pesar de la dulzura con que Octavia pronunció este pequeño discurso, me pareció advertir en las inflexiones de su voz un sabor amargo, que descubría la acerba intención de sus palabras.

Elisa no contestó nada, si bien agitó majestuosamente la cabeza, haciendo flotar los dorados rizos de su magnífico peinado. Podía ser esta muda respuesta una señal negativa, y podía ser también un alarde de satisfacción, porque debe estar segura de

que hasta el gorro frigio daría realce á su belleza.

Después de comer pasamos al gabinete que sirve de antesala al tocador de Elisa, aquel gabinete donde te dije que había estado expuesto el *trousseau*, y allí nos sirvieron el café. Después Elisa se recostó sobre el diván con todo el aire de un supremo fastidio. Octavia se dirigió al piano, y yo me acerqué á la chimenea, dejándome caer en una butaca, en la cual me habría dormido, si los acordes del piano, que Octavia hacía sonar á media voz, no hubieran despertado en mi espíritu ciertos pensamientos tiernos de vaga melancolía. La voz apagada del piano hacía el efecto de una música lejana, cuyas tímidas melodías llegaban dulcemente á mis oídos. Creía á veces que las cuerdas heridas por los dedos de Octavia sollozaban, como si quisieran ahogar sus propios gemidos: otras veces surgían del fondo de la melodía notas firmes, enérgicas, semejantes á esos vivos relámpagos con que brillan las luces moribundas. Si me hubiera sido posible suponer que el piano tiene alma, habría creído que en aquel momento nos hacía alguna íntima confidencia, habría creído que desahogaba su corazón contándonos el secreto misterioso de sus penas.

¿Te parece esto demasiado fantástico? Á mí también me lo parece, ahora que me encuentro lejos de la influencia de aquellos tiernos acordes; pero entonces me sentí subyugado, suspenso, enternecido. Ahora mismo no acierto á explicarme

cómo las manos aturdidas y el genio burlón de Octavia supieron dar á las notas del piano tan apasionadas, tan tristes inflexiones.

Maquinalmente dirigí la vista á Elisa, y la encontré indiferente. Con el brazo sobre el almohadón del diván y la cabeza apoyada sobre la mano, parecía entretenida en contar las molduras del techo; sus hermosos ojos brillaban con el azul profundo del mar cuando se ve de lejos, y habría creído ver en ellos la serenidad del cielo, si el ligero fruncimiento de su boca no me hubiera dejado traslucir que se hallaba vivamente contrariada. De todas maneras, su actitud no dejaba nada que desear; había en ella abandono y corrección; no era, si me permites decirlo así, una postura empírica, excesivamente espontánea; era más bien una actitud estudiada; le faltaba esa naturalidad de que carecen las actitudes que se ensayan delante del espejo, cosa que no debe extrañarte, porque Elisa tenía delante una gran luna de Venecia, en cuyo cristal, indudablemente, se estaba contemplando.

Avivé el fuego de la chimenea, porque sentí en todo mi ser una sensación de frío inexplicable; mis ojos se detuvieron un instante en Octavia, cuyo perfil se destacaba sobre el fondo carmesí de la cortina que cubre la puerta del tocador, y me encontré sorprendido por la dulzura de líneas que formaban el correcto dibujo de su semblante. Nunca había reparado en ello, y al pronto creí que no era Octavia la que yo veía. La cabeza, sumamente

inclinada sobre el piano, daba á su frente una expresión resignada, poco en armonía con la inalterable vivacidad de su genio aturdido. De vez en cuando alzaba los párpados, y juraría que había visto brillar una lágrima bajo la sombra de sus largas pestañas.... ¡ Octavia, triste, reflexiva!.... ¡ He aquí un aspecto que nunca habría sospechado en ella. ¿ Era una ilusión de mis ojos?... ¿ Era que me la hacía ver así la particular disposición en que mi espíritu se encontraba?... ¿ Es que Octavia esconde bajo la vivacidad de su carácter, un corazón tierno y profundamente apasionado?....

Antes que yo acertara á resolver estas dudas, se presentó en la escena un nuevo personaje, cuya presencia causó tres efectos distintos, pues Octavia frunció el entrecejo juntando los extremos de sus airosas cejas, Elisa entreabrió los labios, dejando ver una amable sonrisa y unos dientes preciosos, y, en cuanto á mí, me puse de pie para hacer los honores debidos á aquella visita inesperada.

El nuevo personaje se adelantó gallardamente hasta estrechar la mano que Elisa le tendía sin moverse, sin perder nada de su indolente actitud. Después se acercó á Octavia y la saludó del mismo modo. Luego se volvió á mí y nos saludamos con un mutuo apretón de manos.

—Amigo mío (dijo Elisa), nos obliga V. á la más sincera gratitud, pues es una temeridad salir á la calle en una noche como esta.

—Nuestro amigo Montenegro (se apresuró á

decir Octavia) es muy capaz de exponerse á los mayores peligros por acompañarnos en esta noche tenebrosa.

—Sin duda (contestó); no habría peligro que yo no arrostrara por el placer de ver á Vds. ; pero en esta ocasión no debo apropiarme semejante mérito, porque no hay peligro ninguno en transitar por las calles ; el frío de la noche ha disipado las turbas, y Madrid puede dormir tranquilo.

Dicho esto con cierto énfasis, se dirigió á mí, añadiendo :

—Se puede salir con toda seguridad ; por esta noche no hay nada. Yo vengo del Casino, que se halla más concurrido que ninguna noche, y allí nada se teme.

Otro marido más indiferente que yo á las delicias del hogar doméstico y á las dulces intimidades de la familia, habría aprovechado las palabras de Montenegro para dar una vuelta, á lo menos, por el Casino, donde, de seguro, circularían á esta hora las últimas noticias ; mas yo, ¡qué quieres!, decidí quedarme en casa, aunque Elisa y Octavia me tengan por pusilánime y Montenegro por cobarde....

Mas, ¿á qué pongo en tu noticia tan minuciosos pormenores? No lo sé.... He dejado en el gabinete del *trousseau* á Elisa, á Octavia y á Montenegro, y he venido á mi cuarto á escribirte esta carta, que insensiblemente ha crecido bajo la pluma. Mi ánimo al comenzarla fué únicamente poner en tu cono-

cimiento mi pasión por las armas y mi distinguida preferencia por la pistola.

Vuelvo á decírtelo : tengo bastante serenidad en el pulso para partir una bala en el filo de un cuchillo.»

Apenas acabé de leer tan singular documento, cogí la pluma y agoté el repertorio de mis reflexiones, no muy seguro de ejercer sobre su ánimo una saludable influencia. Siempre ha oído mis razones y se ha prestado á mis consejos ; pero en la ocasión presente lo veo dominado por una resolución firme, y temo que al fin y al cabo encuentre ocasión de realizarla.

Lleno de inquietud y de tristeza, espero la contestación que con urgencia le exigía. Es noble, es generoso, es bueno....: esa es mi única esperanza.